



# HACIA UNA FENOMENOLOGÍA LITERARIA: MERLEAU-PONTY Y LA FILOSOFÍA DE LO SENSIBLE COMO LITERATURA

10.62506/phs.v6i2.241

Towards a Literary Phenomenology: Merleau-Ponty and the Philosophy of the  
Sensible as Literature

MARTÍN BUCETA\*

Por uma fenomenologia literária: Merleau-Ponty e a filosofia do sensível como  
literatura.

**Resumen:** Existe una línea central del pensamiento de Merleau-Ponty que comienza a desarrollarse incipientemente desde finales de los años 40', cobra fuerza y se robustece durante la década del 50, convirtiéndose -desde ese momento y hasta su muerte en el año 1961- en el problema fundamental de su pensamiento. La mentada línea de pensamiento es aquella que desarrolla una exploración del lenguaje propio de la literatura y su capacidad para llevar a la expresión el mundo sensible. Esta indagación es la que lo lleva a proyectar Lo visible y lo invisible, estudio obturado por su muerte, en que habría de elaborarse una teoría de la verdad fundando una nueva ontología. La convicción que motiva ese libro es aquella que supone que el problema legado por Husserl sobre la posibilidad de llevar a la experiencia muda a la expresión propia de su sentido puede tener su resolución en la exploración del uso literario del lenguaje. En este artículo intentaremos reconstruir el itinerario de pensamiento merleauPontiano en torno al lenguaje propio de la literatura y buscaremos sugerir que es posible, mediante una indagación fenomenológica de la literatura, establecer las bases para una fenomenología literaria.  
**Palabras clave:** Fenomenología – literatura – sensible - Merleau-Ponty

**Abstract:** There is a central line of Merleau-Ponty's thought that begins to develop incipiently from the late 1940s, gains strength and becomes robust during the 1950s, and from that moment until his death in 1961, becomes the fundamental problem of his thought. This line of thought explores the language of literature and its ability to express the sensible world. This inquiry leads him to project The Visible and the Invisible, a study interrupted by his death, in which he was to develop a theory of truth founding a new ontology. The conviction that motivates this book is the supposition that the problem left by Husserl regarding the possibility of bringing mute experience to the expression of its own meaning can be resolved through the exploration of the literary use of language. In this article, we will attempt to reconstruct Merleau-Ponty's line of thought concerning the language of literature and suggest that it is possible, through a phenomenological inquiry into literature, to establish the foundations for a literary phenomenology.

**Keywords:** Phenomenology – Literature – Sensible – Merleau-Ponty

**Resumo:** Há uma linha central do pensamento de Merleau-Ponty que começou a se desenvolver incipientemente a partir do final da década de 40, ganhou força e se fortaleceu durante a década de 50, tornando-se - a partir desse momento até sua morte em 1961 - o problema fundamental de seu pensamento. A linha de pensamento acima mencionada é aquela que desenvolve uma exploração da linguagem da literatura e sua capacidade de trazer o mundo sensível à expressão. Foi essa investigação que o levou a projetar O Visível e o Invisível, um estudo obstruído por sua morte, no qual uma teoria da verdade seria elaborada fundando uma nova ontologia. A convicção que motiva este livro é aquela que supõe que o problema legado por Husserl sobre a possibilidade de trazer a experiência muda para a expressão adequada de seu significado, pode ser resolvido na exploração do uso literário da linguagem. Neste artigo tentaremos reconstruir o itinerário do pensamento merleauPontiano em torno da linguagem da literatura e buscaremos sugerir que é possível, por meio de uma investigação fenomenológica da literatura, estabelecer as bases para uma fenomenologia literária.  
**Palavras-chave:** Fenomenologia, Literatura, Sensível, Merleau-Ponty

\* Universidad Católica Argentina (UCA) - Laboratorio de Investigación en Ciencias Humanas – Universidad Nacional de San Martín (LICH-UNSAM) / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Email: tinbuceta@hotmail.com.  
Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-0679-641X>



## Introducción

Este 5to Coloquio tiene la fortuna de celebrarse en el 60 aniversario de la publicación de uno de los libros de Merleau-Ponty más bellos y, al mismo tiempo, uno de los que ha traído más dolores de cabeza a los investigadores de la obra del autor que se sienten incómodos ante la falta de un sistema, de un orden, como aquel que el fenomenólogo francés había elaborado en sus primeras obras como *La estructura del comportamiento* o *Fenomenología de la percepción*. En 1964 vería la luz el mentado estudio inconcluso de Merleau-Ponty, *Lo visible y lo invisible*, que dejaría, a quienes somos curiosos, un gran trabajo de reflexión sobre el programa que el autor prefiguraba para su devenir filosófico y que se ve bruscamente obturado por su muerte. ¿Cuál era ese programa?, ¿qué problemas inquietan al fenomenólogo francés a principios de los años 60?

Obviamente un pensador de la talla de Merleau-Ponty consideraba en su reflexión filosófica una diversidad muy amplia de temas. Pero me interesa sostener en esta conferencia que hay una línea central de su pensamiento que se viene desarrollando de modo incipiente desde finales de los años 40', cobra fuerza y se robustece durante la década del 50, convirtiéndose -desde la perspectiva de este humilde lector- hacia el final de esta década y hasta su muerte en el año 1961, en el problema fundamental de su pensamiento.

La mentada línea de pensamiento es aquella que desarrolla una exploración del lenguaje propio de la literatura y su capacidad para llevar a la expresión el mundo sensible. Este acercamiento de Merleau-Ponty a la literatura se advierte en sus textos de los años 40', como *Fenomenología de la percepción* en que se refiere, por ejemplo, en numerosas ocasiones a la obra proustiana para ilustrar o para elaborar algún problema particular, y cobra fuerza y lugar en su producción a finales de la década. No solo por apariciones en *Sentido y sin sentido* como el texto "Lo metafísico y la novela", sino porque a fines de los 40' y principios de los 50' Merleau-Ponty inicia la redacción (que abandonará luego) de un ensayo que se habría de titular *La prosa del mundo*. Sin embargo, este es solo el comienzo del itinerario de la línea de pensamiento en cuestión porque en la década del 50', a pesar del abandono de aquel ensayo que pretendía ser algo así como el famoso *¿Qué es la literatura?* de Sartre, Merleau-Ponty dedica cursos al problema de la reflexión sobre el uso literario del lenguaje y, al final de su vida, aún está escribiendo sobre este mismo problema<sup>1</sup>.

Indaguemos entonces cuál es el problema al que Merleau-Ponty quiere dar respuesta y qué herramientas elabora o esboza para su posible resolución.

## I. Una tarea que resolver: llevar a la experiencia muda a la expresión de su propio sentido.

Es significativo el hecho de que cuando Merleau-Ponty fue convocado para ocupar en el año 1952 la cátedra más prestigiosa de filosofía de Francia, aquella del Collège de France, decide dictar dos cursos ese año: uno sobre *El mundo sensible y el mundo de la expresión* y otro sobre las *Investigaciones sobre el uso literario del lenguaje*. Este suceso, que puede pasar desapercibido, es, en verdad, insoslayable. ¿Por qué Merleau-Ponty en su primer año a cargo de una de las cátedras más prestigiosas de filosofía decide dictar un curso sobre literatura? La respuesta a esta pregunta debe comprenderse en el marco de un proyecto más amplio que es posible advertir en el decurso del pensamiento del autor y del que puede señalarse su inicio con un problema heredado de su maestro.

En sus *Meditaciones cartesianas* E. Husserl había escrito en el parágrafo 16 que existe un problema que concierne a "la experiencia pura y, por así decirlo, aún muda, que debe ser llevada a la expresión pura de su propio sentido" (Husserl, 1950, p. 77). Este problema que señalaba el maestro alemán se centraba en el problema del pasaje del sentido del mundo mudo al mundo de la expresión. Podríamos decir que este problema desveló a Merleau-Ponty durante muchísimo tiempo y hasta el final de su vida. Esto queda evidenciado, tal como lo señala J. Taminiaux (1977), en el recorrido que puede trazarse de esta frase husserliana en la obra del fenomenólogo francés (pp. 90-115). El pasaje de las *Meditaciones cartesianas* puede hallarse por primera vez en el prólogo de *Fenomenología de la percepción*, allí Merleau-Ponty lo refiere en relación con el problema de la imposibilidad de una reducción completa y la noción de esencias que indagaba Husserl y anota que "es función del lenguaje hacer existir las esencias en una separación que, a decir verdad, solo es aparente, ya que gracias a él reposan también sobre la vida antepredicativa de la conciencia" (1945, p. X). Luego, aparecerá en el capítulo sobre "El sentir" en función de intentar explicar la relación de un sujeto finito con un ser opaco del que emerge (Merleau-Ponty, 1945, p. 254). Posteriormente, Merleau-Ponty se referirá al mentado problema en el tercer coloquio de Royaumont de 1957 dedicado a Husserl. Allí, luego de la exposición de A. de Waelhens, durante la discusión Merleau-Ponty afirma que,

(...) esa frase que, en lo que a mí respecta siempre me ha impactado mucho, dice más o menos, la cito de

<sup>1</sup> Para un acercamiento al problema de la presencia de la literatura en la obra de Merleau-Ponty véase: Apostolopoulos, D. (2018). "The Systematic Import of Merleau-Ponty's Philosophy of Literature", *Journal of the British Society for Phenomenology*, 49:1, pp. 1-17.



memoria: «Es la experiencia aún muda que se trata de llevar a la expresión pura de su propio sentido» Bueno, al fijar así la tarea de la fenomenología, evidentemente la fija como una tarea difícil, casi imposible: la experiencia aún muda, se trata de llevarla a expresar su propio sentido. Entre el silencio de las cosas y la palabra filosófica; en consecuencia, eso que es marcado aquí, no es una especie de acuerdo o armonía preestablecida, es una dificultad y una tensión” (AA.VV, 1959, pp. 157-158).

Pero también, y esto es lo curioso, esa misma frase aparecerá citada como cierre de uno de los capítulos de *Lo visible y lo invisible*. Allí Merleau-Ponty señala que la tarea de la filosofía supone la reconversión del silencio y de la palabra uno en otro y que el develamiento del Ser que está detrás de todas nuestras afirmaciones, negaciones e, incluso detrás de todas nuestras preguntas, refiere al problema de “la experiencia [...] todavía muda, que se trata de llevar a la expresión de su propio sentido” (Merleau-Ponty, 1964, p. 169)<sup>2</sup>.

Recordemos que *Lo visible y lo invisible*, que en esta ocasión nos reúne, es una obra en la que Merleau-Ponty está trabajando a finales de los años 50’ y comienzos de los 60’. Es decir que podemos datar que este problema lo acompaña, al menos, desde *Fenomenología de la percepción*, año 1945, hasta el final de su vida, año 1961. Señalamos este lapso porque se corresponde con la aparición de una idea que también crece y se robustece en el mismo período. La línea de pensamiento que gana terreno en su obra y cada vez se torna más importante en esa década del 50’ hasta el final de su vida es aquella que explora el dinamismo propio del lenguaje literario. Pero ¿Qué relación guarda el problema del pasaje del mundo sensible al mundo de la expresión con la dinámica propia del lenguaje literario?

El vínculo entre ambas ideas salta a la vista rápidamente: el problema legado por Husserl sobre la posibilidad de llevar a la experiencia muda a la expresión propia de su sentido puede tener su resolución en la exploración del uso literario del lenguaje. Ya vemos que no es casualidad la elección de Merleau-Ponty de dictar, en el primer año académico a cargo de la cátedra de filosofía del Collège de France, los jueves un curso sobre el problema del *El mundo sensible y el mundo de la expresión* y los lunes otro que proponía emprender *Investigaciones sobre el uso del literario del lenguaje*. Además, puede agregarse aquí que en el año académico siguiente Merleau-Ponty dictará un curso sobre *El problema de la palabra* en el que indagará de modo directo la operación propia del lenguaje en el registro literario. Sin embargo, estos cursos de los años 1952-1954 deben comprenderse en el marco de un texto anterior que Merleau-Ponty está redactando a principios de los años 50 y que se publicará póstumamente: *La prosa del mundo*.

En esta obra está la clave para entender el programa de pensamiento que Merleau-Ponty elabora a partir de los años 50 y que delimitará en gran parte su trabajo de reflexión posterior. Claude Lefort, quien preparó el texto inédito para su publicación, nos explica que el proyecto de trabajo dentro del que se enmarca *La prosa del mundo* es más amplio y supone dos instancias dado que ese texto es “la primera pieza de un díptico -la segunda revestía un carácter francamente más metafísico- cuya ambición era ofrecer, como prolongación de la *Fenomenología de la percepción*, una teoría de la verdad” (Lefort en Merleau-Ponty, 1969, p. 1). Aquella segunda pieza, en torno al origen de la verdad, es lo que posteriormente habría de ser publicado, en el año 1964, bajo el título *Lo visible y lo invisible*. Este díptico estaba anunciado por Merleau-Ponty en un texto inédito en el que adelantaba sobre ese trabajo que: “con la finalidad de tratar completamente este problema en la obra que nosotros preparamos sobre *El origen de la verdad*, lo hemos abordado por su lado menos abrupto en un libro del que la mitad está escrito, y que trata del lenguaje literario” (Merleau-Ponty, 2000, p. 44). Estas indicaciones preliminares que nos otorga el fenomenólogo invitan a pensar que el libro que fue publicado póstumamente con el título *La prosa del mundo* funciona como la antesala de *Lo visible y lo invisible*. En la primera obra, Merleau-Ponty había proyectado elaborar una teoría de la expresión y para ello consideraba preciso indagar el funcionamiento de la palabra en la literatura; en la segunda parte del proyecto, hecha la reflexión sobre el modo propicio de expresión, se ofrecería una obra que elaboraba una teoría de la verdad. Lo que debe entonces leerse aquí es que *La prosa del mundo*, que busca explorar el uso literario del lenguaje que permitirá llevar a la expresión de su propio sentido a la experiencia aún muda, funciona como prólogo a la obra de “carácter francamente más metafísico” -como señalaba Lefort- que utilizará dicho lenguaje para el establecimiento de una *nueva ontología*. Esa obra no es otra que aquella que Merleau-Ponty comienza a delinear en las páginas de *Lo visible y lo invisible*.

Ya el título proyectado por Merleau-Ponty del inacabado manuscrito de los años 50’ nos da una idea bastante cabal del objetivo, dice Merleau-Ponty (2000) en ese inédito: “Nosotros titularemos *Introducción a la prosa del mundo* ese trabajo que debe, elaborando la categoría de prosa, darle, más allá de la literatura, una significación sociológica” (p. 45). Hay una prosa del mundo, es decir, es posible narrar el mundo. Esa narración no puede realizarse de cualquier manera o mediante cualquier lenguaje, sino que es el lenguaje literario en el que debe hallarse la clave para realizar dicha tarea. Por ello, para Merleau-Ponty, es menester primero abordar el costado menos abrupto del problema, lo referente al modo de decir, y emprende la tarea de escribir una *Introducción a la prosa del mundo* para luego poder enfrentar el desafío de elucidar el origen de la verdad, la prosa en sí misma del mundo, que intenta explicitar las relaciones entre lo visible y lo invisible.

<sup>2</sup> También, en el comienzo de *Lo visible y lo invisible*, Merleau-Ponty refería a la “pequeña frase” husserliana sin citarla textualmente cuando escribía que: “Son las cosas en sí mismas, desde el fondo de su silencio, lo que la filosofía quiere conducir a la expresión” (Merleau-Ponty, 1964, p.18)



## II. La literatura: el lenguaje propicio para expresar la experiencia.

En *Lo visible y lo invisible* Merleau-Ponty señalaba que “nadie ha superado a Proust en la instauración de las relaciones entre lo visible y lo invisible, en la descripción de una idea que no es lo contrario de lo sensible, que es su doblez y profundidad” (1964, p. 193). Esta famosa cita en que Merleau-Ponty elogia al escritor de *A la busca del tiempo perdido* no es arrojada al azar sino que tiene un trasfondo que explica el lugar privilegiado en que el fenomenólogo ubica a la literatura, en particular, a la proustiana. Tal como indicábamos en la primera parte de esta conferencia, Merleau-Ponty elabora un programa filosófico que ve en la literatura una posibilidad de expresión de la experiencia muda que se destaca sobre las demás formas de expresión. Esto quedará en evidencia por algunas de sus anotaciones que es menester referir para comprender por qué la literatura ostenta esta capacidad expresiva y de qué manera puede convertirse en un vehículo privilegiado para la expresión del mundo sensible. En el mencionado Inédito, Merleau-Ponty señalaba, en términos generales, que:

La comunicación en literatura no es un simple llamado del escritor a significaciones que formarían parte de un a priori del espíritu humano; más bien, las suscita por arrastre o por una suerte de acción oblicua. En el escritor, el pensamiento no dirige el lenguaje desde afuera; el escritor es él mismo como un nuevo idioma que se construye, se inventa los medios de expresión y se diversifica según su propio sentido. Lo que se llama poesía no es quizás otra cosa que la parte de la literatura donde esta autonomía se afirma con ostentación. Toda gran prosa es también una recreación del instrumento significativo, en adelante manejado según una sintaxis nueva. Lo prosaico se limita a tocar a través de los signos estipulados significaciones ya instaladas en la cultura. La gran prosa es el arte de captar un sentido que no había sido jamás objetivado hasta entonces y de hacerlo accesible a todos aquellos que hablan la misma lengua. (2000, pp. 44-45).

Esta cita central del Inédito es una toma de posición respecto del lenguaje literario a partir de la cual podremos, a continuación, indagar de modo más específico su naturaleza y la capacidad expresiva que le es inherente. Para ello me gustaría destacar tres puntos.

El primer punto es aquel que se encuentra en el final de la mentada cita en que Merleau-Ponty se refiere al concepto de *gran prosa*<sup>3</sup> y señala que, a diferencia de lo prosaico que se limita a tocar a través de signos estipulados significaciones ya instaladas en la cultura, la gran prosa es el arte captar un sentido, objetivarlo y hacerlo accesible a todos aquellos que hablan la misma lengua. Pero ¿cómo es posible la captación, objetivación y accesibilidad de este sentido? La respuesta a ello se encuentra en la naturaleza propia del lenguaje literario. El lenguaje propio de la literatura es aquel que logra decir más de lo que está contenido bajo el sentido instituido. Sabemos que Merleau-Ponty distingue dos dimensiones dentro del lenguaje, el lenguaje hablado (*langage parlé*) y el lenguaje hablante (*langage parlant*). Escribe Merleau-Ponty (1969):

Digamos que hay dos lenguajes: el lenguaje adquirido, de que disponemos, y que desaparece ante el sentido en cuyo portador se ha convertido –y el lenguaje que se hace en el momento de la expresión, y que va justamente a hacerme deslizar desde los signos al sentido–; el lenguaje hablado y el lenguaje hablante. (p. 17).

El lenguaje hablado es aquel que contiene las significaciones ya adquiridas, cerradas, con que nos comunicamos de manera constante y natural. El lenguaje hablante es aquel que nos hace deslizar desde los signos al sentido, es el que, mediante un arreglo o desviación de los signos y significaciones ya disponibles, viene a segregar una nueva significación, a expresar. Y cuando la expresión es feliz la significación está preñada del sentido en que ha nacido y lo hace comunicable en tanto lo lleva sedimentado. Hace unos años escribía en *Merleau-Ponty lector de Proust* para profundizar esta capacidad del lenguaje y anotaba que:

El signo -instituido en la dinámica de un lenguaje operante- pasa del lado de las significaciones adquiridas para hacerse una herramienta más del cuerpo con la que decir su experiencia. Las palabras son paridas en medio del mundo y las conductas comunes de los sujetos hablantes. La significación naciente queda inseparablemente unida a ese mundo común en que se delinea el sentido de aquello que quiere ser expresado. El lenguaje recrea el paisaje de la percepción ya que sus elementos son el fondo sobre el que se destaca el sentido de una palabra, así como el contexto perceptivo es el nivel sobre el que se desvía el sentido de la cosa percibida. (Buceta, 2019, p. 88).

Esa palabra que queda inseparablemente unida al mundo común en que se delinea aquello que quiere ser expresado es la palabra propia del lenguaje literario que recoge las expresiones de una cultura común y

<sup>3</sup> Para un análisis exhaustivo del concepto de gran prosa puede verse Buceta, M. (2020), “La gran prosa: Merleau-Ponty y la literatura como expresión de la verdad”. *Universitas Philosophica*, 37 (75), 73-99



las dispone de tal modo que logra que señalen un más allá del lenguaje en que se posibilite la expresión. Es la palabra que Merleau-Ponty llamó, hacia el final de su vida, palabra vertical. En una nota de abril de 1960 titulada “Palabra vertical”, un año antes de su muerte, Merleau-Ponty (2000) escribía:

La palabra vertical que recobrar [*retrouver*]. Es la experiencia muda expresando su propio sentido. Es la palabra del silencio. Es la palabra hablante y no hablada. Que es indispensable para comprender la palabra constituida [...] ¿Cómo restituir por la filosofía (i.e. en el orden de las significaciones) la palabra vertical (que está antes de las significaciones)? (p. 272)

No es casual el uso del verbo *retrouver* que, como sabemos, conforma el título de la colosal novela proustiana. *Retrouver* es la clave para comprender que la literatura es aquella palabra vertical que puede llevar a la experiencia muda a la expresión pura de su propio sentido, es la palabra del silencio, es la palabra hablante. La palabra instituyente, que se ostenta en la poesía y en la gran prosa, es aquella capaz de contener un sentido novedoso e instalarlo en el universo cultural de una comunidad, objetivándolo debajo de una significación, y haciendo ese sentido accesible a los hablantes. A esto se refería Merleau-Ponty cuando en sus notas de curso sobre *El problema de la palabra* escribía que: “el objeto de la literatura es transformar en ‘lenguaje universal’ el mundo vivido. Se trata de vocación de la verdad” (Merleau-Ponty, 2020, p. 179).

Dicho de una manera más cercana, esto que describimos es aquella emoción que sentimos al recorrer las páginas de una gran novela, al leer una poesía o al terminar un libro, en que se nos dijo algo que no puede ser dicho de otra manera porque su sentido está contenido en las redes literarias tejidas por el escritor que ha logrado disponer los signos de tal manera que ahora logran decir más de lo que antes podían decir y cristalizan un sentido que aún no había sido objetivado. Ese milagro del lenguaje, como Merleau-Ponty lo llama, solo sucede en el uso de la palabra literaria, aquella palabra vertical que recobra la experiencia muda y logra llevarla a la expresión propia de su sentido porque se ha forjado en medio de las vivencias, por ello logra entrañar su sentido. *Le temps retrouvé, El tiempo recobrado*, es un ejercicio literario que supone llevar a la experiencia aún muda, el pasado, a la expresión pura de su propio sentido. Esa expresión solo es posible mediante el uso de la palabra literaria que es capaz de sedimentar un sentido y en combinación con otros signos instalados en la cultura, configurar una narración en que se cristalice el sentido recobrado del pasado. Por esto afirmaba Proust en último tomo de su colosal novela que: “[I]o que llamamos realidad es cierta relación entre esas sensaciones y esos recuerdos que nos rodean simultáneamente (...) relación única que el escritor debe encontrar para encadenar por siempre en su frase uno a otro los dos términos diferentes” (Proust, 1989, p. 196). Y más adelante agrega:

(...) me daba cuenta de que ese libro esencial, el único libro verdadero, un gran escritor no tiene, en el sentido corriente del término, que inventarlo, puesto que ya existe en cada uno de nosotros, sino traducirlo. El deber y la tarea de un escritor son los de un traductor (Proust, 1989, p. 197).

El segundo punto que quiero resaltar sobre la toma de posición merleau-pontiana sobre el lenguaje literario es aquel que sostiene que la expresión es, en sí misma, creación. En un pasaje del Inédito más arriba referido Merleau-Ponty (2000) afirma que “el escritor es él mismo como un nuevo idioma que se construye, se inventa los medios de expresión y se diversifica según su propio sentido” (p. 45). La palabra literaria debe ser creativa para propiciar la experiencia del ser. La poesía, la prosa, son ámbitos de creación.

En una nota de trabajo titulada “Filosofía y literatura”, sin fecha pero que probablemente sea de junio de 1959, Merleau-Ponty escribía que “la filosofía, precisamente como «Ser hablante en nosotros», expresión por sí misma de la experiencia muda, es creación” (1964, p. 247). Más adelante agrega que dicha creación es “creación en un sentido radical: creación que al mismo tiempo es adecuación” (1964, p. 248). Y por último remata: “arte y filosofía *juntos* son precisamente, no fabricaciones arbitrarias en el universo de lo «espiritual» (de la «cultura»), sino contacto con el Ser justamente en tanto creaciones. El ser es *lo que exige de nosotros creación* para que tengamos experiencia de él. Hacer análisis de la literatura en ese sentido: como *inscripción del Ser*” (1964, p. 248).

La nota de trabajo es elocuente en sí misma y traza estructuralmente el programa que venimos describiendo. El título ya nos habla de la necesidad de aunar (por eso la conjunción “y”) filosofía y literatura (nos detendremos en esto en el próximo punto y en el tercer apartado de la conferencia). Luego Merleau-Ponty anota que la filosofía, si es comprendida como expresión de la experiencia muda, es decir como ser que habla en nosotros, tiene que ser entendida como creación. Pero ¿qué tipo de creación es de la que nos habla el fenomenólogo francés? Esa creación tiene que entenderse como adecuación, una adecuación que no es arbitraria sino que se hace al contacto con el Ser y vehiculiza su expresión. Esto implica que debemos crear los dispositivos, en este caso las significaciones del lenguaje, las obras artísticas, que posibiliten la manifestación del ser de lo sensible, su expresión. Por esto concluye con una afirmación contundente: “El ser es *lo que exige de nosotros creación* para que tengamos experiencia de él. Hacer análisis de la literatura en este sentido: como *inscripción del Ser*” (Merleau-Ponty, 1964, p. 248).

La literatura debe ser concebida entonces como el acto de creación de un dispositivo en que pueda



inscribirse el Ser. La literatura como quehacer supone la construcción de una obra, de una gran prosa, por ejemplo, en que el ser pueda venir a la expresión. Así logrará darse el pasaje del sentido mudo de la experiencia al sentido proferido. Cada obra, en este caso literaria, es una creación que da lugar a la expresión del ser, es un dispositivo en que el Ser puede *inscribirse*. Tal vez en esta característica propia de la expresión literaria los hombres se asemejen a Dios, en tanto que ambos crean con la palabra, reúnen lo disperso, lo confuso, lo caótico, y por medio de la palabra las cosas existen, son expresadas y por ello cobran sentido.

El tercer y último punto, avanza sobre la misma cita pero pone el foco en el agente de la expresión que Merleau-Ponty delimita. En el pasaje central de la cita que mencionamos, Merleau-Ponty afirma: “En el escritor, el pensamiento no dirige el lenguaje desde afuera; el escritor es él mismo como un nuevo idioma que se construye, se inventa los medios de expresión y se diversifica según su propio sentido” (2000, pp. 44-45). ¿Quién es el escritor, aquél que se inventa los medios de expresión y se diversifica según su propio sentido? Este sujeto de la acción de expresar debe ser entendido en sentido amplio, como agente que realiza la tarea de llevar a la expresión de su propio sentido a la experiencia aún muda. Ese agente no se limita solo a al ámbito explícito de la literatura, sino que lo que lo define tiene que ver con su quehacer, con sus modos de decir. En mayo de 1960 Merleau-Ponty escribe una nota de trabajo esencial a la que titula “La filosofía de lo sensible como literatura”. Esa nota afirma lo siguiente:

Lo sensible es [...] como la vida, un tesoro siempre lleno de cosas que decir para aquel que es filósofo (es decir, escritor) [...] El fondo del asunto es que, en efecto, lo sensible no ofrece nada que se pueda decir si no se es filósofo o escritor, pero eso no se debe a que sería un en-sí inefable, sino al hecho de que no se sabe *decir* (Merleau-Ponty 1964, p. 300).

La clave de esta nota es la disyunción inclusiva. Esa “o”, que reúne filósofo con escritor, nos indica que lo determinante a la hora de decir lo sensible no tiene que ver con su posible inefabilidad sino con los *modos* que elaboramos para decirlo. Para ello, el filósofo o el escritor detentan la capacidad para vehiculizar la expresión de lo sensible. El problema reside en que hasta ahora tal vez hemos errado los caminos para *decir* lo sensible. El tesoro de lo sensible puede ser expresado por aquellos que crean los dispositivos necesarios para que el Ser pueda inscribirse. Merleau-Ponty ve con claridad que la literatura lleva ventaja en eso y esta reside en el modo en que tiene de llevar a la expresión determinadas ideas. Por eso referíamos al principio ese pasaje central en que el fenomenólogo francés expresaba que “nadie ha superado a Proust en la instauración de las relaciones entre lo visible y lo invisible, en la descripción de una idea que no es lo contrario de lo sensible, que es su doblez y profundidad” (Merleau-Ponty, 1964, p. 193). La literatura, en este caso la proustiana, ha encontrado los caminos, los modos, de *decir* el tesoro de lo sensible. Por esto es que debemos redirigir nuestra atención al lenguaje literario, a la literatura, para poder aprender los caminos que nos lleven a propiciar la expresión del mundo mudo de la percepción.

Al agente de la expresión es menester llamarlo filósofo-escritor o escritor-filósofo<sup>4</sup> en tanto que su acción no se circunscribe a una disciplina, sino como decíamos anteriormente, a un modo de expresar. El filósofo escritor es, como dice Merleau-Ponty en su curso sobre *El problema de la palabra*, aquel que

(...) hace existir un universo para el lector, deviene expresión en el sentido de testimonio, expresión en el sentido de creación, y, precisamente por esa razón, porque reconstituye delante de él la situación que traduce, aparece como diciendo un en sí. (Merleau-Ponty, 2020, p. 149).

El escritor-filósofo es aquel que expresa el en-sí, que se sospechaba inefable, utilizando una palabra vertical, hablante. El agente de esta filosofía de lo sensible como literatura es quien busca *decir* el en-sí, el tesoro de lo sensible, apelando al lenguaje literario. En otras palabras, el filósofo-escritor o escritor-filósofo es quien, mediante la invención de los medios de expresión, concibe un nuevo idioma que le posibilita narrar la *prosa del mundo* para dar con *el origen de la verdad*. Pero ¿cómo es la narración de este agente?, ¿cómo escribe una filósofo-escritor?

El agente de una filosofía de lo sensible como literatura es quien utiliza el lenguaje creativamente instalándose en el tejido de las significaciones comunes, de la palabra hablada, y las dispone de tal manera que logra llevarlas más allá, elaborando un dispositivo de expresión, una gran prosa, en que se ostenta un lenguaje operante, creativo, que desvía las significaciones instituidas haciéndolas decir más de lo que en ellas está contenido y señalando una región innostrada, un invisible que se muestra por medio de lo visible y que es inseparable de este. En esta ardua tarea de escribir el mundo, de *decirlo*, tendrá que apelar -como dice Merleau-Ponty- a

(...) ese lenguaje operante que no necesita ser traducido en significaciones y pensamientos, ese lenguaje-cosa que vale como arma, como acción, como ofensa y como seducción, porque hace aflorar todas las relaciones profundas de lo vivido donde se ha formado, y que es aquel de la vida y de la acción, pero también el de la literatura y la poesía. (1964, p. 166).

<sup>4</sup> Sobre esta figura, su análisis y ejemplificación, puede verse Buceta, M. (2021). *Camus, Sartre, Baricco y Proust. Filósofos-escritores & escritores-filósofos*. Bs. As.: SB.



### III. Hacia una fenomenología literaria.

En el final del prólogo de *Fenomenología de la percepción* Merleau-Ponty señalaba que “la fenomenología es laboriosa como las obras de Balzac, Proust, Valéry o Cézanne, comparten el mismo género de atención y asombro, la misma exigencia de conciencia y la misma voluntad de captar el sentido del mundo o de la historia en estado naciente” (1945, p. XVI). Este modo de relacionar la fenomenología con el arte, en particular la literatura y la pintura, suponía implícitamente la consideración de que tanto la filosofía fenomenológica como la literatura tenían en común una tarea: captar el sentido del mundo y manifestarlo, intentar llevarlo a la expresión pura de su propio sentido. Esta afirmación de 1945, si se la ve a la luz de las reflexiones merleau-pontyanas ya señaladas en torno a la capacidad propia del lenguaje literario, explica por qué es posible pensar en una *fenomenología literaria*. Ahondemos un poco más en esta idea central de nuestra exposición y que aparece como corolario de la reflexión que venimos desarrollando.

Al explicar que el quehacer propio del literato supone la utilización de la palabra vertical mediante la cual es posible crear un dispositivo, aquel de la gran prosa, en que el ser pueda inscribirse, lo que advertíamos era el viraje de la reflexión merleau-pontyana hacia la literatura que elaboraba y profundizaba, en el análisis del dinamismo propio del lenguaje literario, en la tarea propia de toda filosofía, aquella de llevar a la experiencia pura y aun muda a la expresión de su propio sentido. Esta reflexión es la que justifica y abre la posibilidad de sentar las bases para delimitar una filosofía de lo sensible entendida como literatura o, mejor dicho, una fenomenología.

Es importante señalar, en este punto del análisis, que no es lo mismo hablar de una fenomenología de la literatura que de una fenomenología literaria. Es crucial focalizar la atención a la preposición “de”. Esta preposición indica una direccionalidad en que la fenomenología aborda la obra literaria, se hace una exploración fenomenológica *de* la literatura. Pero si en lugar de una fenomenología de la literatura (que puede prestarse a equívocos en relación con lo anteriormente mencionado) hablamos de una *fenomenología literaria* entonces la adjetivación implica una modificación del sustantivo fenomenología. Esto supone una transformación de la disciplina en función de los caracteres propios de la literatura. Lo que Merleau-Ponty descubre hacia el final de su obra es que es preciso elaborar una fenomenología con los rasgos distintivos, los elementos esenciales, de la literatura<sup>5</sup>, eso es a lo que asistimos en *Lo visible y lo invisible*.

En el primer capítulo de ese texto el fenomenólogo explicita los límites de una fenomenología clásica comprendida como reflexión sobre lo percibido señalando que en todo acercamiento al mundo no podemos dejar de distinguir la diferencia entre la cosa percibida y la reflexión sobre lo percibido. A este proceso en que una cosa percibida es neutralizada por el proceso reflexivo lo llama “conversión reflexiva” (pp. 59-60) y señala un problema vinculado a esta conversión cuando dice que es menester distinguir entre “una cosa percibida y una apertura a esa cosa que la reflexión ha neutralizado, transformadas en percepción-reflexiva y en cosa-percibida-en-una-percepción-reflexiva” (Merleau-Ponty, 1964, p. 59). Ese salto, no advertido en general, es aquel que nos hace tomar la cosa percibida en una percepción reflexiva por la cosa percibida como tal, aquel salto que *neutraliza* mediante la reflexión nuestro acercamiento al mundo, no deja de ser una interiorización inherente a nuestra condición, pero no tematizada ni referida, sino que obviada a la hora de hablar de nuestro acercamiento a la cosa percibida. Por esto mismo, es que Merleau-Ponty (1964) toma postura sobre el problema y señala:

Fundar esta sobre aquella, y la percepción de hecho sobre la esencia de la percepción tal como aparece a la reflexión es olvidar la reflexión misma como acto distinto de reanudación [*reprise*]. En otros términos, entrevemos la necesidad de otra operación diferente a la de la conversión reflexiva, más fundamental, una suerte de *metarreflexión* [*surréflexion*] que se consideraría también a sí misma y a los cambios que ella introduce en el espectáculo, que de tal modo no perdería de vista la cosa y la percepción brutas, y que finalmente no las borraría, no cortaría, por una hipótesis de inexistencia, los lazos orgánicos entre la percepción y la cosa percibida, y se impondría la tarea, por el contrario, de pensarlas, de reflexionar sobre la trascendencia del mundo como trascendencia, de hablar de ellas no según la ley de significaciones de palabras inherentes al lenguaje dado, sino por un esfuerzo, quizás difícil, que las utiliza para expresar, más allá de ellas mismas, nuestro contacto mudo con las cosas, cuando todavía no son cosas dichas. (pp. 59-60).

Quiero sostener que esa *metarreflexión*<sup>6</sup> a la que Merleau-Ponty se refiere en este pasaje es lo que po-

<sup>5</sup> Un primer esbozo del desarrollo de este programa merleau-pontiano de elaborar una filosofía de lo sensible a partir de los caracteres esenciales de la literatura puede hallarse en Buceta, M. (2020) “Merleau-Ponty y la filosofía de lo sensible como literatura”. *Tábano*, n.º 16, pp. 25-39.

<sup>6</sup> El término original es *surréflexion* que se traduciría literalmente como *sobrerreflexión*. No obstante, hemos decidido utilizar el término *metarreflexión*. Esta elección se sostiene en que el prefijo “sobre-” puede generar equívocos en tanto da lugar a pensar la *surréflexion* como una reflexión posterior o, solamente, sobre la reflexión, y lo que Merleau-Ponty quiere decir es que la mentada *surréflexion* es una reflexión que puede dar cuenta de sí misma en tanto que piensa la cosa percibida, es decir, que se realiza considerando la incidencia que tiene a la hora de ir sobre la cosa. En este sentido, el prefijo “meta-” expresa mejor ese movimiento de una reflexión que a la hora de pensar y expresar la cosa percibida realiza el doble movimiento de pensar la cosa percibida y pensarse a sí misma pensando la cosa percibida.

No obstante, el uso de “meta-” no debe entenderse al modo en que lo hacemos cuando decimos, por caso, que la epistemología es una disciplina



dríamos denominar una *fenomenología literaria*. Él indica que esa disciplina o forma de encarar el problema de la percepción tiene que hablar de esta no según las significaciones inherentes al lenguaje dado sino por un esfuerzo que permita utilizarlas para expresar “más allá de ellas mismas, nuestro contacto mudo con las cosas”. Ya hemos visto que la literatura es capaz de jugar de esta manera con las significaciones adquiridas para hacerlas decir más de lo que ya está dicho. Además, explicita que esta *metarreflexión*, que se distingue de la conversión reflexiva, debe considerarse a sí misma en su práctica y los cambios que esta introduce en tanto no es ajena, no se acerca como sobrevolando las cosas, no cree poder cortar su relación con el mundo mediante una hipótesis de inexistencia, sino que mantiene los lazos orgánicos entre la percepción y la cosa percibida sin perder de vista que su acercamiento a la cosa percibida siempre está teñido de su situación. Tal *metarreflexión* no pierde de vista la cosa y la percepción brutas, sino que se sumerge en ella, ahonda en ese ser salvaje para expresarlo con los elementos de él surgidos. Estas características son propias también de la literatura que siempre aborda los fenómenos desde la perspectiva de un autor que sabe que su expresión del mundo de las vivencias es una traducción creativa del libro interior que siempre está signada por su situación, su modo de ver y su personalidad, y que no busca elevarse con sus significaciones por sobre las cosas sino que utiliza ese lenguaje-cosa, como lo llama Merleau-Ponty, que no necesita ser traducido en significaciones y pensamientos porque hace aflorar todas las relaciones profundas de lo vivido donde se ha formado.

La filosofía reflexiva que Merleau-Ponty critica -y de la cual quiere distinguir a la *metarreflexión* que acabamos de introducir- es aquella que realiza una conversión reflexiva de la cosa percibida y “parte del principio de que, si una percepción puede ser mía, es necesario que de ahora en adelante sea una de mis «representaciones»” (Merleau-Ponty, 1964, p. 66). De esta manera “la filosofía reflexiva remplace al «mundo» por «el ser pensado»” (Merleau-Ponty, 1964, p. 66) y así “metamorfosea en un solo acto el mundo efectivo en campo trascendental” (Merleau-Ponty, 1964, p. 67). Por esto denuncia esa actitud señalando que:

Una filosofía reflexiva, como duda metódica y reducción de la apertura al mundo de los «actos espirituales», a las relaciones intrínsecas entre la idea y *su* ideat, es tres veces infiel a lo que ella se propone esclarecer: al mundo visible, a quien lo ve y a sus relaciones con los otros «visionarios» (Merleau-Ponty, 1964, p. 61).

La *metarreflexión* no será entonces la literatura como tal, sino una filosofía que considere los elementos característicos del lenguaje literario y los incorpore a su acercamiento y expresión del mundo sensible. Esa disciplina es la que me parece propicio llamar: *fenomenología literaria*. En ella, según Merleau-Ponty:

Reflexionar no es coincidir con el flujo desde su fuente hasta sus ramificaciones últimas, es extraer de las cosas, de las percepciones, del mundo y de la percepción del mundo -sometiéndolas a una variación sistemática- los núcleos inteligibles que se le resisten, moverse de uno a otro de una manera que la experiencia no desmiente, pero que nos da sólo sus contornos universales, que deja, pues, intacto por principio el doble problema de la génesis del mundo existente y de la génesis de la idealización reflexiva y, finalmente, evoca y exige como su fundamento una *metarreflexión* en la que los problemas últimos serían tomados en serio. (Merleau-Ponty, 1964, p. 69)

Esos núcleos inteligibles que se le resisten son las ideas sensibles que no pueden ser desprendidas de lo visible en que nos son dadas. La literatura deja abierto el problema del origen del mundo existente y el de la idealización reflexiva, en tanto es la apertura a ambas génesis, que serán elaborados por una fenomenología literaria y por una eventual fenomenología, entendida en los términos clásicos. Por estas razones Merleau-Ponty vio en Proust a un primer exponente de esa *metarreflexión* o, en nuestros términos, de aquello que podríamos denominar fenomenología literaria. Por ello afirma sobre él en sus notas de curso sobre *El problema de la palabra*:

Él es uno de los primeros en haber concebido una fijación, una descripción, una transcripción de las cosas, de los otros, exactamente tal como le aparecían, de su contacto con ellos, sin introducir contenido nocional. Necesidad de fijar, conquistar por las palabras el contacto mudo. Idea muy precisa de un trabajo cuasi científico de ese género: volver accesible a los otros eso mismo que está mudo. Es perdonable que no haya visto enseguida que él tenía allí la «filosofía» i.e. una elucidación de la relación al mundo, a los otros, al tiempo, de la situación del espíritu en el mundo, etc.

Describamos pues esa experiencia fundamental que, ampliándose, devendrá «su filosofía», y que es justamente experiencia correlativa del silencio de las cosas y de la aparición de la palabra. (Merleau-Ponty, 2020, p.137).

## IV. Conclusiones

meta científica o meta teórica. Cuando lo hacemos, dejamos en claro que la ciencia se refiere a la realidad que toma por objeto, mientras que la epistemología no se refiere de primera mano a esa realidad, sino al discurso de la ciencia *sobre* esa realidad: la epistemología es una meta ciencia porque no habla sobre átomos y moléculas sino sobre teorías de la física acerca de átomos y moléculas. En cambio, para Merleau-Ponty, la *metarreflexión* busca justamente un contacto (más fiel, menos distorsionado) con aquello que es el objeto de la reflexión.



Escribe Merleau-Ponty (1964) en *Lo visible y lo invisible*:

Mi acceso por la reflexión a un espíritu universal, lejos de descubrir finalmente lo que soy desde siempre, está motivado por el entrelazamiento de mi vida con las otras vidas, de mi cuerpo con las cosas visibles, por el recorte de mi campo perceptivo con el de los otros, por la mezcla de mi duración con las otras duraciones. Si por la reflexión yo finjo encontrar en el espíritu universal la premisa que desde siempre sostenía mi experiencia, solo puede ser olvidando ese no-saber del comienzo que no es una nada, que tampoco es la verdad reflexiva, y de lo cual también hay que dar cuenta. Yo no pude cuestionarme el mundo y los otros, y tomar el camino de la reflexión, sino porque primero yo estaba fuera de mí, en el mundo, junto a los otros, y a cada instante esa experiencia sigue nutriendo mi reflexión. Tal es la situación total de la cual una filosofía debe dar cuenta. (pp. 72-73).

Considero que la fenomenología literaria es aquella filosofía que puede dar cuenta, como bien dice Merleau-Ponty, de aquel mundo en el que me encuentro antes de elaborar una reflexión, de ese no-saber que puede propiciar el saber reflexivo. Por ello, llama metarreflexión a ese abordaje que posibilita la reflexión y que como tal supone sumergirse en el ser bruto para expresarlo mediante un dispositivo creativo que se construya a partir de las significaciones en medio de él nacidas. La fenomenología literaria será entonces el esfuerzo por la construcción de un modo de expresión mediante el cual llevar a la expresión propia de su sentido a la experiencia aún muda sin dejar de lado la incidencia que tal reflexión tiene sobre la cosa percibida como tal.

La fenomenología literaria pone el foco, una vez más, en el método, el modo, el camino por medio del cual realizar la filosofía. Esto nos remite a la mentada nota fundacional titulada “La filosofía de lo sensible como literatura” en que Merleau-Ponty llamaba la atención sobre la cuestión de la posibilidad de la expresión del en-sí señalando que este no es inefable sino que el problema reside en los *modos* que tenemos para decirlo. Tampoco es novedoso volver nuestra reflexión sobre el método para expresar lo sensible sin descuidar la situación y el punto de vista de quien realiza tal reflexión, si uno considera la inspiración fundamental de Merleau-Ponty cuando en aquel bellissimo prólogo a *Fenomenología de la percepción* en que señalaba que la fenomenología como revelación del mundo reposa sobre sí misma y agregaba que esta “tendrá por tanto que dirigirse a sí misma la interrogación que dirige a todos los conocimientos; se desdoblará, pues, indefinidamente; será, como dice Husserl, un diálogo o una meditación infinita, y justo en cuanto siga fiel a su intención no sabrá nunca a donde va” (Merleau-Ponty, 1945, p. XVI).

## Referências

AA.VV. (1959). *Husserl. Cahiers de Royaumont*, Paris: Minuit.

Apostolopoulos, D. (2018). “The Systematic Import of Merleau-Ponty’s Philosophy of Literature”, *Journal of the British Society for Phenomenology*, 49:1, pp. 1-17.

Buceta, M. (2019). *Merleau-Ponty lector de Proust: lenguaje y verdad*, Bs. As.: SB.

Buceta, M. (2020). “La gran prosa: Merleau-Ponty y la literatura como expresión de la verdad”. *Universitas Philosophica*, 37 (75), 73-99.

Buceta, M. (2020). “Merleau-Ponty y la filosofía de lo sensible como literatura”. *Tábano*, n.º 16, pp. 25-39.

Buceta, M. (2021). *Camus, Sartre, Baricco y Proust. Filósofos escritores & escritores filósofos*. Bs. As.: SB.

Husserl, E. (1950). *Cartesiansche Meditationen und Pariser Vorträge*, *Husserliana* (Vol. I). Den Haag: Nijhoff.

Merleau-Ponty, M. (1945). *Phénoménologie de la perception*, Paris, Gallimard.

Merleau-Ponty, M. (1948). *Sens et non-sens*, Paris, Nagel.

Merleau-Ponty, M. (1964). *Le visible et l’invisible*, Paris, Gallimard.

Merleau-Ponty, M. (1969). *La prose du monde*, Paris, Gallimard.

Merleau-Ponty, M. (2000). *Parcours deux 1951-1961*, Lonrai, Verdier.

Merleau-Ponty, M. (2011). *Le monde sensible et le monde de l’expression. Cours au Collège de France. Notes 1953*, Genève, MétisPresses.



- Merleau-Ponty, M. (2013). *Recherches sur l'usage littéraire du langage. Cours au Collège de France. Notes 1953*, Genève, MétisPresses.
- Merleau-Ponty, M. (2020). *Le problème de la parole. Cours au Collège de France. Notes 1953-1954*, Genève, MétisPresses.
- Proust M. (1989). *À la recherche du temps perdu. Le temps retrouvé*, Collection Folio Classique, 1987-89. Édition publiée sous la direction de Jean-Yves Tadié. Paris : Gallimard.
- Taminaux, J. (1977). *Le regard et l'excédent*. La Haye : Nijhoff.

Recebido em 25.06.2024 – Aceito em 23.08.2024